

**Fábio Vergara Cerqueira & Maria Aparecida de Oliveira Silva (eds.), *Ensaíos sobre Plutarco. Leituras Latino-Americanas*, Laboratório de Ensino e Pesquisa em Antropologia e Arqueologia, Universidade Federal de Pelotas, Pelotas 2010, pp. 340. ISBN 978-85-60696-04-8.**

Recibido: 06 / 06 / 11

Arbitrado: 20 / 06 / 11

Aceptado: 27 / 06 / 11

El presente volumen reúne, bajo la organización de Fábio Vergara Cerqueira y Maria Aparecida de Oliveira Silva, once trabajos –de ahí *Ensaíos*– de otros tantos estudiosos iberoamericanos en torno a la obra de Plutarco, cuyo carácter poliédrico y plural se refleja bien en este libro donde, a lo largo de trescientas cuarenta páginas, se recogen aportaciones, en castellano y en portugués, no sólo de helenistas o latinistas, sino también de especialistas de disciplinas afines como la historia y la filosofía.

No obstante, a pesar de la aproximación multifocal que genera siempre la obra del polígrafo de Queronea, hay que destacar como un valor intrínseco de este libro que estamos ante una publicación no sólo miscelánea, ya que la lectura de conjunto permite descubrir en ella al menos dos aspectos que le dan cohesión y justifican también el acierto de los trabajos seleccionados.

El primero es la reiterada presencia del término y concepto de ‘identidad’ a la hora de abordar el estudio propuesto; concepto éste de tamaña importancia en la coyuntura histórica de Plutarco, pues no es cuestión irrelevante plantearse *si y cómo* se podía (o ¿se debía?) seguir siendo griego en el Imperio romano, o *qué* significaba serlo.

Intentar dar respuesta a esta pregunta, desde diversas perspectivas y basándose en diversos autores y manifestaciones, constituye el hilo conductor de numerosos trabajos publicados en los últimos años, tanto en Europa como en América, por parte de quienes centran su investigación en la cultura griega de época imperial romana.

El segundo aspecto tiene que ver con la intención de algunos de los trabajos aquí recogidos, de reivindicar a Plutarco mismo sea como pensador, literato o escritor, y, por lo tanto, también entra en juego la reivindicación de su originalidad –aunque a muchos pueda parecer esta palabra un oxímoron si se aplica al de Queronea–, pues las obras estudiadas son objeto de atención *per se*, de modo que queda fuera de horizonte, en este volumen, la idea de un Plutarco puramente transmisor –aun siendo ésta una faceta del queronense insoslayable y digna siempre de ser considerada–. Al mismo tiempo, esa forma de aproximarse a los textos de *Moralia* o de *Vidas paralelas* sirve para reconocer en ellos una muestra válida de la actividad intelectual de cuño griego bajo la entidad política de Roma en los primeros siglos de nuestra era por parte de un autor que, como señalan los editores del volumen, conocía bien las obras de los autores griegos y romanos que contribuyeron al enriquecimiento de sus reflexiones y dieron una marca erudita a sus escritos.

Cuatro de las contribuciones están dedicadas a *Vidas paralelas* y siete a *Moralia*. Entre las primeras, F. Vergara-Cerqueira, de la Universidade Federal de Pelotas, en un interesante trabajo (“A educação musical nas *Vidas* de Plutarco. Identidade e tradição cultural grega no Império Romano”, pp. 95-147), explora la identidad cultural griega a partir de la educación musical cuyo uso permite diferenciar dos modelos educativos, uno griego y otro romano. Así, el desarrollo de las virtudes políticas emana directamente del *êthos* que los biografiados griegos adquirieron a través de la educación musical,

fundamental en la época clásica, mientras que la carencia de ésta, en el caso de los romanos, guarda relación directa con las virtudes militares características de la República romana. Esa dicotomía es matizada en función de la época en que viven los protagonistas de las *Vidas*, pero sirve a Plutarco para reflejar también debates intelectuales contemporáneos, en los que el espíritu crítico y la pluralidad de opiniones configuran la identidad griega y “se presenta portanto como base para una cultura liberal e tolerante” (p. 141). *Humanitas*, en latín; sinónimo de vida civilizada.

Ivana Chialva (Universidad del Litoral) defiende la originalidad de Plutarco en el estudio “...*Como una tragedia: historia y páthos* en las *Vidas de Nicias y Craso* de Plutarco” (pp. 149-178) sobre el método compositivo de estas biografías, en aplicación del cual, por su formación retórica, el autor conjugaría la verdad histórica y las fuentes literarias con una libertad creativa donde también cabe la ficción. Chialva, basándose en la cualidad retórica de la *enérgeia*, analiza la presencia de Eurípides en ambas *Vidas* y muestra cómo en la intención de Plutarco prima la creación retórica del pasado cuando construye el discurso biográfico, cuya naturaleza –señala la autora– y eficacia literaria –podríamos añadir– consiste en imitar “un discurso poético sobre la vida, la tragedia, anticipo conceptual del arte como superadora de la realidad propia de la Segunda Sofística” (p. 175); movimiento éste cuyos postulados se asientan precisamente en la tradición y la imitación literaria.

Sonia Regina Rebel de Araújo (Universidade Federal Fluminense) en un trabajo de tradición clásica (“*Vidas Paralelas* de Plutarco em *História do Mundo para Crianças* de Monteiro Lobato”, pp. 231-263) rastrea la presencia cotidiana de la antigüedad clásica en capítulos de la historia lobatiana, donde intervienen, respectivamente, griegos y romanos biografiados por Plutarco; y, a partir de la comparación de

pasajes en que Monteiro Lobato retoma, con una notable dosis de humor, pasajes clave de las *Vidas paralelas*, se echa de ver cómo el valor formativo del proyecto del de Queronea de formar ciudadanos más capaces sigue todavía vigente en la intención del político Lobato, pues éste basa su idea de progreso en una revalorización de la cultura clásica grecorromana.

Gregory da Silva Balthazar (Pontificia Universidade Católica/RS), en un artículo también de tradición clásica “Plutarco e Cleópatra” (pp. 293-325) pone de nuevo sobre la mesa la cuestión de la identidad en el propio contexto plutarqueo, y compara el tratamiento dado por Plutarco a la última reina de Egipto en la *Vida de Antonio* –en su papel como madre cuyos hijos forman parte también de su estrategia política– con dos obras pertenecientes a épocas distantes entre sí casi cuatrocientos años y a géneros literarios distintos: la tragedia *Antonio y Cleopatra* (1607) de William Shakespeare y la novela *Las memorias de Cleopatra* (1997) de Margaret George. Su intención es explicar cómo la literatura histórica no es deudora de la historia, máxime cuando el referente clásico –la reina Cleopatra en el relato de Plutarco– es literatura no histórica: bien sabido es que el de Queronea proclama escribir “no historia, sino vidas”; unas vidas elaboradas a partir de fuentes diversas que justifican algunas contradicciones, necesarias en el curso del relato porque contribuyen a una mejor caracterización de sus protagonistas y personajes.

En la primera de las aportaciones dedicadas a *Moralia* (“Prácticas de un joven *rhétor*: Plutarco de Queronea y el hábito de comer carne”, pp.19-36), Silvia Susana Calosso (Universidad del Litoral) destaca con contundencia el convencimiento ideológico del erudito beocio, quien, incluso en obras consideradas de juventud, ya da muestras de su capacidad para adecuar moralmente los argumentos, aunque ello le obligue a apartarse de los estoicos cuya ideología comparte en otras

ocasiones. Así ocurre cuando Plutarco, siguiendo postulados de las doctrinas órficas y platónicas, defiende a los animales y cuestiona el cruel trato que reciben de los humanos con fines gastronómicos; un debate de viva actualidad todavía hoy: “¿seríamos quienes somos si nunca hubiéramos comido carne, la renombrada *proteína animal* que permitió al cerebro su perfección?” (p. 34).

En el segundo artículo (“*Quaestiones Convivales: a ordem do banquete em Plutarco*”, pp. 37-66), Maria Aparecida de Oliveira Silva, de la Universidade Estadual Paulista, analiza cómo el banquete, griego de origen y tradición, deviene en Plutarco una óptima forma para sustentar la identidad griega en el mundo romano. La autora individua los elementos constitutivos de un banquete griego, para explicar cómo Plutarco lo idealiza y construye el suyo propio, justificándolo, al amparo de la tradición filosófica, cultural y literaria, como un elemento de cohesión social. Silva –aun sin referencia alguna a cómo otros autores coetáneos, o casi, de Plutarco abordan también el tema del simposio–, reafirma esa utilidad del banquete en la vida pública y privada con la preocupación de Plutarco por los convidados, ya que “un jantar grego” era un evento reservado a la exhibición en su grado máximo: no sólo espacio de reflexión filosófica –como Plutarco afirma–, sino lugar de privilegio para realizar, entre otras, alianzas políticas y económicas.

Jorge Ordóñez-Burgos, de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, aboga por entender a Plutarco en su propia encrucijada histórica con un trabajo (“La hermenéutica en *De Isis y Osiris* de Plutarco en tanto que sistema para interpretar el mundo”, pp. 67-94) en el que considera la construcción lingüística como parte de la pedagogía teológico-filosófica de Plutarco y, en suma, de su sistema hermenéutico, donde la etimología deviene una herramienta de interpretación eficaz para acercarse a la esencia de lo sagrado, y la

lengua sirve como materia de reflexión más allá de la historiografía y la filosofía del mito. Desde esta perspectiva, un tratado como el *De Iside et Osiride* no es sólo religión, sino un ejercicio para entender “al otro”, pues –en palabras del autor– “uno de los motivos por los que diversos autores antiguos helenizaran las religiones bárbaras se debiera al traslado de creencias y símbolos a referentes más cercanos” (p. 87). Y la lengua es, sin duda, uno de esos referentes y seña de identidad evidente.

Roosevelt Araújo da Rocha Júnior (Universidade Federal do Paraná) defiende sin ambages la autoría de Plutarco para el controvertido *Sobre la música* en una exhaustiva revisión de la obra y de la literatura generada a favor y en contra de dicha atribución (“O tratado plutarquiano *Sobre a Música*: reconsiderando a questão da autoria”, pp. 179-204). El autor examina criterios formales y de contenido, de transmisión textual, afinidades estilísticas con otras obras, o el interés de Plutarco por la música, y propone que dicho tratado más que espurio sería una de esas anotaciones (*hypomnemata*) que el de Queronea solía hacer para desarrollar posteriormente, pero que, en este caso, quedó en un esbozo inacabado, no revisado por él mismo antes de su publicación.

Daniel Rinaldi, de la Universidad Nacional Autónoma de México, retoma en su artículo (“El *Hipólito* de Eurípides en el *Erótico* de Plutarco”, pp. 205-229) el debate sobre “la biblioteca de Plutarco”, con un trabajo riguroso, desde el punto de vista filológico –a pesar de que el autor evita este término–, sobre la adaptación de textos conocidos, para demostrar que, a pesar de su composición mosaica, el *Erótico* no es sólo un banco de recuperación de fragmentos de otros autores, sino una muestra magnífica de cómo Plutarco elige con maestría referentes clave para integrarlos en el curso de su discurso: sin conocer a Eurípides el lector no puede comprender este diálogo

cuya lectura, a su vez, explica mucho sobre la recepción de la tragedia cinco siglos después de su creación, pues “entre lecturas, elecciones y selecciones se instala la intertextualidad” (p. 225).

Andrea Lozano Vásquez, de la colombiana Universidad de los Andes, en su estudio “Malestares y delicias de los ojos de pescado. Sobre la concepción plutarqueana de la poesía” (pp. 265-292), frente a quienes sólo reconocen en Plutarco una actitud meramente compiladora, erudita y moralizante, defiende una postura innovadora del queronense en su vertiente como crítico literario. Con ese fin, reorienta el análisis del *Cómo debe el joven escuchar poesía* no en la perspectiva de la poesía como mero recurso didáctico, sino en la idea de que su valor educativo radica en el lector mismo, en la recepción de los poemas. Así, la autora –por su formación y actividad académica en el ámbito de la filosofía– sitúa la poesía en relación con el placer, el conocimiento y las emociones que ésta genera como el único y auténtico germen de aprendizaje moral.

Ricardo Martínez Lacy, de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el artículo que cierra el volumen “Plutarco y el Judaísmo en el contexto de la ideología dominante en el Imperio Romano” (pp. 327-339), plantea, a partir de cuatro tratados de *Moralia*, cuál es el concepto de judaísmo entre los pensadores del Imperio romano. Sobre la historia y la cultura judía, Plutarco “siguió, consciente o inconscientemente, una tradición difamatoria que ayudó a difundir” (p. 327). Considera el autor que Plutarco da muestras de un antisemitismo *ante litteram*, en consonancia con el que se encuentra ya en Posidonio, en Diodoro de Sicilia o en Tácito, y cuyas críticas responden a una forma de negar cualquier tipo de especificidad: para Plutarco los judíos no son creyentes en otra religión sino unos paganos supersticiosos, descienden de un monstruo encerrado por Zeus en el Tártaro, o identifica a su dios con Dioniso.

Mención especial merece el “Prefácio. Uma visita de Plutarco” (pp. 13-18) del profesor Jacyntho Lins Brandão (Universidade Federal de Minas Gerais), cuyas palabras explican la razón de ser de este volumen generado ahora en el Nuevo Mundo, donde Plutarco pronto fue leído en las universidades de México y Perú, en los colegios de la Compañía de Jesús del litoral brasileño y en las misiones de Paraguay. Pero fue leído, no porque fuera griego o hubiera escrito mucho, sino porque “se acredita que tem muito a ensinar. Assim pode-se dizer que foi também educador da América” (p. 18).

Quiero concluir poniendo en práctica la recomendación de Plutarco al inicio de la *Vida de Cimón* (2.4-5) de no subrayar con celo excesivo ni exhaustiva precisión los errores y las faltas. Considero, pues, innecesario dar cuenta explícita de algunas omisiones bibliográficas, de otros posibles lugares paralelos y textos de referencia para ilustrar aspectos concretos aquí tratados; ni referir determinadas incoherencias, en algunos de los estudios, entre obras citadas en las notas y la correspondiente bibliografía al final del artículo –quizá habría sido interesante optar por un repertorio bibliográfico único, así como unificar el sistema y tipografía de citas y referencias–; ni tampoco consignar algún pequeño error en los nombres de autores citados, debidos, sin duda, a que ciertos fonemas aquí o allá se pronuncian de forma distinta. Por el contrario, he preferido destacar los aspectos positivos de esta publicación donde podemos aprender mucho los estudiosos de Plutarco al ser “uma coletânea interdisciplinar que contempla a singularidade de nossas leituras e a pluralidade de nossas idéias”, como afirman los organizadores del volumen (p. 11), justificándose así estas *Leituras latino-americanas* por el distanciamiento geográfico, que no cultural, de la vieja Europa y por el contacto con otras culturas. Si Plutarco, multifacético, a lo largo de la historia ha acogido en su obra a cada uno de sus lectores, plurales, distintos, obligado y justo es ahora que, una vez más, sea

convidado cada lector “también a acolher, como hóspede, o nosso Plutarco” (p. 18). Un Plutarco latino-americano, que merece ser de todos.

Pilar Gómez Cardó  
Universidad de Barcelona  
pgomez@ub.edu